

NOTICIA DE RAFAEL MORALES

Poeta y profesor, como don Antonio Machado. Castellano y no andaluz. Nació en Talavera de la Reina un año antes de que Joselito hallara la muerte bajo aquel cielo de austeridad toledana. Y como si la presencia de la plaza hubiera influido, con todo su dramatismo, Rafael Morales publica el primer libro, titulado «Poemas del toro».

Han pasado muchos años desde aquella primera salida al ruedo de la poesía y ahora Rafael Morales acaba de publicar en la colección «Alamo», de Salamanca—también tierra de toros—, su sexto libro de poesía, titulado «La rueda y el viento».

La temática de este libro puede explicarse en dos sentidos, de manera que puede decirse que es nueva y, a un tiempo, tradicional.

—Es tradicional porque sigue mi línea de humanización fuertemente potenciada, en la que intento un sentido estético. Es nueva en cuanto al tema que ve la igualdad del hombre, diferenciando según las circunstancias en que se encuentra, lo cual puede ser un tanto orteguiano, si se quiere.

Profesor de Literatura de la Universidad de Madrid, el poeta deja oír su voz cuando la docencia se lo permite. No obstante, Rafael Morales trabaja en una Historia de la Poesía Española, en una Antología y en la preparación de un estudio sobre la Poesía Española del Barroco.

—El escritor, para realizar su labor creadora, debe tener sosiego. Si no lo tiene acabará por anularse. En mi caso concreto, la docencia supone una labor grata; pero es preciso dedicarle tiempo para la preparación de las clases, para la asistencia a ellas. Lo hago con gusto, porque eso es también una manera de mantener viva la llama de la creación y se vive al día las corrientes intelectuales y se tiene noticia de las nuevas publicaciones. En cuanto a la labor poética, al menos durante el curso, es casi imposible abordarla.

Claro es que el poeta nato, aunque no disponga del tiempo y del sosiego necesarios para el trance de ensenar un poema, no quiere decir que no halle momentos de inspiración mientras se dedica a otros afanes.

—¿Qué ocurre entonces?

—Pues que, evidentemente, eso que se llama inspiración se produce con toda normalidad en el poeta, esté donde esté. La idea se adueña de uno y no hay más remedio que sentarse a escribir. Cuando no se procura la salida natural, el poema se lleva enquistado dentro, como un verdadero dolor.

Rafael Morales escribe a mano, porque siempre ha dicho que la pluma no es la prolongación de la mano, sino del propio espíritu.

—Siento, efectivamente, la necesidad de escribir con pluma, de sentir el contacto de ésta con el papel. Cierro que algunos compañeros escriben

directamente a máquina, además muy bien; pero en mi caso me resultaría imposible.

Está siempre junto a los jóvenes, aunque esta afirmación esté lejos de ser aduladora.

—En un momento en que ya están gastadas muchas cosas, la esperanza de los jóvenes es algo verdaderamente hermoso y alentador. Estoy muy cerca de los jóvenes siempre, dispuesto a escucharlos, y ellos saben hasta qué punto es cierto.

—¿Qué tendencias predominan ahora en la poesía joven?

—Se dan varias orientaciones. Hay grupos que cultivan la poesía culturalista, motivada por sus temas tradicionales, que se aleja mucho de lo inmediato, pero que va cargada de renovación estética. Por otra parte, perviven otros grupos que cultivan la poesía social. En general creo que permanece esa humanización, esa intensificación de lo humano que trajo la generación de 1940, que va perdiendo



aquel prosaísmo que era evidente en algunos poetas de mi generación.

Permanece el fondo humano, al tiempo que se intenta volver a recuperar el vigor estético.

—Tienen razón los jóvenes en que la poesía empieza en la emoción estética, nunca en la emoción humana. Esta le da al poema un sentido más profundo; pero sólo con emoción humana tenemos muchas cosas en la vida cotidiana que no pueden considerarse poesía. El poema empieza, como toda obra de arte, en la emoción estética que muchas veces, en función de lo humano, se ha olvidado en mi generación, lo cual era, en cierta manera, un retroceso.

Sus maestros han sido Góngora, Lope de Vega y Quevedo.

—Siempre digo que me gustaría sentir con la ternura de Lope, pensar con la hondura entrañada de Quevedo y decir con la belleza deslumbrante de Góngora. Sería el ideal, algo realmente muy difícil.

En cuanto a los maestros más cercanos reconoce Rafael Morales como más inmediato a Vicente Aleixandre. Marino GOMEZ-SANTOS.